



una aproximación histórica
Educación y piedad
en las Escuelas Pías

Enric Ferrer Solivares, Sch.P.

Ilustración de portada: Elena Gámez (Valencia, 2017)

Una aproximación a un tema tan complejo y distante de nuestra sensibilidad actual, en más de un aspecto, reclama un esfuerzo adicional de comprensión e interpretación, y, al mismo tiempo, un constante ejercicio de confrontación entre las categorías temporales del *antes* y el *ahora*, sin dejarse llevar por la crítica descontextualizada o por nostalgias de otros tiempos embellecidos sin fundamento.

Ese difícil equilibrio puede suscitar, sin embargo, una clara oportunidad para acercarnos con mayor libertad a nuestro presente, al espacio donde madura nuestra existencia y nuestra misión. Ésa es, por nuestra parte, la intención de estas páginas.

Iglesia y sociedad en el XVII

Asistir a la formación del estilo pastoral y educativo escolapio en la primera mitad del siglo XVII exige acercarse a la irrupción de la escuela popular teniendo presente, en primer lugar, la tonalidad espiritual de una época marcada profundamente por la Reforma católica tridentina; y, en segundo lugar, hacerse cargo de la situación de pobreza y penuria cultural, en el marco de una sociedad estamental o clasista.

Nos encontramos, en el siglo XVII, ante una sociedad compacta, como un todo, en imbricación inseparable entre la religión y la política. El poder político se aferraba a la convicción de tener un origen divino, mientras la religión lo impregnaba todo con la pauta horaria de las campanas, el calendario de sus fiestas y la formación de las conciencias de los hombres y mujeres. La estabilidad pétrea de los estamentos no permitía la movilidad social, mientras las posibles fisuras del “todo” se visten de utopía, como en Campanella; de teoría científica, como en Galileo, o de disidencia religiosa, como la Reforma luterana, que pedía una relación directa con Dios, a través de su Palabra, sin ninguna mediación eclesial.

En coherencia con una sociedad cerrada en sí misma, la respuesta católica será compacta, fundamentada en el Concilio de Trento (1545-1563) y transmitida y hecha cumplir por celosos obispos y sínodos provinciales o diocesanos, hasta los últimos confines de la cristiandad. El protestantismo había abierto un complejo frente religioso, que tocaba elementos tan nucleares de la fe católica como la justificación, la idea de Iglesia y hasta los mismos sacramentos. Todo lo cual, y mucho más, demandaba una nueva pastoral que abarcaría diversos objetivos, como el de potenciar la dignidad del sacerdote, por su vinculación a la Eucaristía; la sacramentalización, sobre todo la Confesión y la Comunión; la parroquia como centro de la vida cristiana; la catequesis, con su claridad doctrinal y ortodoxia, pero que ya reclamaba la necesidad de saber leer; sin olvidar la necesidad de las cofradías, como una forma intermedia de organización eclesial.

La aportación de las Escuelas Pías

Desde 1597, en una escolita cobijada en la parroquia de Santa Dorotea, en la Roma periférica, se fue configurando un estilo educativo y pastoral por obra del sacerdote José de Calasanz y unos pocos colaboradores, sustentado en la experiencia cotidiana más que alguna de las construcciones teóricas tan habituales entre los humanistas.

Se trataba de una práctica muy compleja, con influencias diversas, sean de carmelitas, jesuitas o de algunos más, acompañada por la reflexión plasmada en memoriales, en informes del tipo *Breve relación* o de los *Ritos comunes*, de reglamentos y otros muchos documentos, a veces de carácter ocasional, como las cartas del Fundador. No se trataba de una obra hecha desde el principio, sino de todo un cúmulo de experiencias y reflexión que iba siendo contrastado por la realidad escolar y que, ya depurado, era asumido por los Capítulos, las directrices de los Superiores y las Constituciones, escritas por Calasanz.

Con un programa ciertamente muy completo: prácticas de piedad, actos de fe, esperanza y caridad, Doctrina Cristiana, vida sacramental, todo en un contexto escolar. En menos de 50 años ya se había decantado el estilo peculiar de las Escuelas Pías, tanto pastoral como educativo.

La fundamentación de este proyecto de largo alcance suponía:

Un objetivo bien definido: *La meta que pretende nuestra Congregación con la práctica de las Escuelas Pías es la educación del niño en la piedad cristiana y en la ciencia humana, para alcanzar con esta formación la vida eterna (Constituciones, n. 203)*

Una visión integral o totalizante del ser humano en su relación con Dios, como una auténtica antropología humana y teológica, de tal manera que hiciera posible una total cohesión entre humanidad y fe. Una

cohesión imposible de separar sin alterar su esencia, tal como recordaba la *Ratio Studiorum pro exteris*, es decir, el plan de estudios del sistema escolar calasancio, al pedir a los maestros que no enseñaran nada sin la sal o gracia de la Piedad.

Una decidida opción por la mejor posible formación humana y cristiana, incluso contando siempre con los pocos años de escolarización que podían alcanzar los niños, dadas las condiciones implacables de cualquier economía de subsistencia.

Con realismo social, ya que *en casi todos los Estados la mayoría de sus ciudadanos son pobres y sólo por un breve tiempo pueden mantener a sus hijos en la escuela. Por ello cuide el Superior de designar un maestro diligente para estos muchachos: les enseñará escritura y cálculo; así podrán ganarse la vida más fácilmente* (Constituciones, n. 198). En un Memorial de 1626 volvía a advertir sobre la situación educativa de los niños ya que *muchos de los cuales por la pobreza o descuido de los padres no van a la escuela*. Una y otra vez aparece la defensa del derecho de los pobres a la educación, en un ambiente adverso, como en el Memorial de 1645: *Por ser pobres no deben ser abandonados constituyendo, como se ha dicho, la gran mayoría de la República cristiana y habiendo sido redimidos ellos también por la sangre preciosa de Jesucristo y tan apreciados por su Majestad que dijo haber sido enviado al mundo por su eterno Padre para enseñarles. De donde se concluye cuán lejos está de la piedad cristiana y del sentir de Cristo aquella política que dice ser nocivo a la República enseñar a los pobres porque se les desvía, dicen, del ejercicio de las artes mecánicas*.

Se trataba de contribuir, en definitiva, a la reforma de la sociedad con hombres verdaderamente dispuestos para el servicio de Dios y para ayudar al prójimo, tal como lo dejó escrito en el número 8 de sus Constituciones el santo Fundador: *para gloria de Dios y utilidad del prójimo*.

Si el programa era ambicioso, la planificación no lo era menos, ya que abarcaba el ritmo del curso escolar en todos sus aspectos, incluso actuando en los domingos y festivos. Con un programa estricto de enseñanza, explicación y memorización del catecismo, junto con actos de fe, esperanza y caridad, además del cultivo de la oración y la participación en los sacramentos. En una sociedad analfabeta el catecismo y la oración vocal, basados en la memoria, quedarán como un recurso para toda la vida.

La trasposición al siglo XXI

Las adaptaciones del estilo educativo y pastoral escolapio se han ido haciendo a lo largo de los siglos, pero ha sido tras el Concilio Vaticano II (1962-65), cuando se ha replanteado todo a la luz del carisma primigenio.

Una aproximación a nuestra época, sobre todo en el Occidente, nos descubre, por efecto de la secularización, una sociedad fragmentada, como un desordenado mosaico donde es posible vivir en diversos planos, incluso como compartimientos estancos, ajenos a una opción radical, única, personal. De ahí la posibilidad de un amplio espectro de integración, por ejemplo, en el ámbito religioso, donde cabe desde un acercamiento ocasional o filiación débil a una hiperafiliación excluyente y rayana en el fundamentalismo. Esta debilidad constitutiva lleva a una sociedad sin referentes, sin memoria, interiorización o, peor todavía, sin verdad, es decir, en una mentira camuflada por una postverdad, según la más reciente moda de adaptación a los cambiantes intereses del individuo. En suma, una sociedad de la información, absorbida individualmente, que no favorece el paso a un verdadero conocimiento, mientras la nivelación de opiniones segrega un estado permanente de confusión.

Nuestra época, más allá de las formas históricas de piedad, necesita centrarse en lo esencial: en la relación salvífica de Dios con el hombre;

en hacer memoria de Jesucristo; en la apertura al Espíritu que enseña, sugiere, guía, anima. Esa recuperada relación trascendental se manifiesta, por ejemplo, en la oración, en la apertura al otro, en vivir la fe en comunidad, en la interioridad que personaliza, en dar razón de la fe a todo aquel que lo pida, sin exclusiones previas, sino con la mano tendida del diálogo auténtico y respetuoso.

Origen y formación del estilo educativo y pastoral escolapio en el siglo XVII

La meta que se pretendía alcanzar, tal como se ha dicho, es la vida eterna. De ahí que la actitud fundamental que se proponía, con una fórmula propia del tiempo, era el Santo temor de Dios. Se quería subrayar, en una primera aproximación, desde la seriedad de la relación del hombre con Dios, la necesidad de superar y depurar ciertas imágenes inadecuadas de Dios, tales como las tan difundidas del miedo, el fatalismo, la manipulación o la superstición. Al mismo tiempo, se pretendía poner de relieve que lo más decisivo era favorecer la confianza en la misericordia de Dios, de tal manera que nadie, fuera cual fuera su situación, pudiera sentirse abandonado por Aquel que le había creado y redimido, siempre compasivo y benigno. Para lo cual se buscaban espacios y momentos de iniciación a la experiencia del encuentro con Dios, como en la práctica de la Oración Continua.

Para conseguirlo, además de contar con los condicionamientos culturales y sociales, se disponía de poco tiempo, en general, para escolarizar a los niños, posiblemente una media de cuatro años. De ahí la llamada de atención de Calasanz: *De esta escuela salen al mundo para aprender alguna profesión e importa muchísimo que vayan bien instruidos en el temor de Dios (Epistolario, VI, n. 2742).*

Era necesario, por tanto, un **plan** sistemático de formación cristiana, tal como aparece en el texto de los *Ritos Comunes* (1628), teniendo en

cuenta el anuncio explícito de Jesucristo, la celebración y el testimonio, y que debería abrazar los siguientes elementos:

- Catequesis: asegurar unos mínimos del contenido de la fe, para toda la vida. Completar su aprendizaje con una explicación suficiente de la doctrina.
- Sacramentos: confesión y comunión, con la adecuada preparación. Culto eucarístico: exposición menor. Misa diaria y Oratorio en domingos y festivos.
- Actos de fe, esperanza y caridad (y contrición). Elementos constantes de la tradición cristiana, ampliamente expuestos y recomendados en los catecismos.
- La oración vocal, la más reiterada y frecuente. La iniciación a la oración mental.
- Conocimiento de la Palabra de Dios en el marco del año litúrgico, con el comentario del evangelio de los domingos y festivos. Carácter didáctico y formativo de la Historia Sagrada, con sus grandes protagonistas y hechos.
- La lectura espiritual, con textos preparados al efecto, tanto dentro del ámbito escolar como fuera.
- En sintonía con la familia. Se pedía los padres su colaboración en el cumplimiento de los reglamentos escolares, por ejemplo, asegurando la asistencia a clase y a las actividades del Oratorio de los domingos y festivos.

Este plan exigía un **cuidado ritmo de planificación**:

- Diario: oraciones de mañana y tarde, y al cambio de hora; la Misa y la Oración Continua. Estudio y explicación de la Doctrina Cristiana.
- Semanal: Oratorio de domingos y festivos: mañana (Misa, Oficio Parvo de la Virgen, Rosario). Tarde (Doctrina Cristiana, Vísperas, recreo).
- Mensual: Confesión y Comunión, con su debida preparación.

Como también unos **elementos básicos de la programación**, tal como se irá exponiendo a continuación.

Prácticas de piedad

Oración vocal: es la que más predomina por razón de la edad de los alumnos y por su contexto sociocultural. Para su eficacia se insistía en la brevedad de los enunciados, en su fácil comprensión y en su reiteración, con el fin de favorecer la retención en la memoria.

Su práctica se apoyaba en una serie de recursos psicológicos y pedagógicos: oración individual o en grupo, la postura (de pie o de rodillas), protagonismo de los niños que dirigían a veces la oración común, artificios como el reloj para ir recordando los momentos de la pasión de Cristo, uso de textos breves para memorizar las oraciones, etc. Incluso se publicaban en el tablón de anuncios los ejercicios de piedad a practicar, como aparece en la *Breve Relación* (1602-1605), el conocido informe sobre la práctica educativa de los primeros años de las Escuelas Pías: *Se coloca asimismo en sitio público la lista de las prácticas espirituales que cada día deben hacer los alumnos en sus casas, para que todos puedan copiarlas; el modo de examen de conciencia, el ofrecimiento de obras y actos de las virtudes teologales, que deben hacerse cada mañana y los actos de las demás virtudes.*

La oración vocal iba pautando el discurrir de la tarea escolar: oraciones de inicio del día en el aula (Veni Creator Spiritus, Salve, Ángel de la Guarda, ofrecimiento de las tareas de la jornada). Actos de Fe, Esperanza, Caridad y Contrición, uno cada hora e incluso durante el recreo, para lo cual los alumnos disponían de unas hojitas impresas. De cuando en cuando, como un brevísimo recordatorio de la presencia de Dios, se decían jaculatorias o frases de amor filial y alabanza. Para el final de la mañana y de la tarde se tenían, además de la misa, un acto de

contrición, la acción de gracias, la Corona de las Doce Estrellas y las Letanías de la Virgen.

En el contexto escolar, además, se tenía por grupos la Oración Continua, con propia finalidad y personalidad, pero dando gran importancia a los actos de las virtudes teologales.

Se pretendía, en definitiva, crear un clima de oración en el trabajo escolar, crear hábitos para toda la vida memorizando oraciones y fomentando una suma reverencia a Dios, Padre de las misericordias, a Jesucristo redentor y al Espíritu Santo, fortaleza de los creyentes. Todo ello dentro de una buscada brevedad, sin atosigar a los niños ni alejarlos de las tareas escolares.

La maduración espiritual de los alumnos no acababa en la asidua práctica de la oración vocal. Siguiendo la tradición eclesial, ampliamente cultivada por los monjes, los religiosos en general, los clérigos y por muchos seglares, se iniciaba a los alumnos en la oración mental, es decir, en el diálogo del alma con Dios, tan sugestivamente descrito por santa Teresa de Jesús: *No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama* (Vida, 8, 5).

De acuerdo con los maestros espirituales, siempre se ha considerado necesario un método o pauta para este tipo de oración, con el fin de ir progresando sin perderse en la elucubración estéril o en un sentimentalismo insustancial. En las Escuelas Pías se tuvo en cuenta el método ignaciano, con sus puntos bien delimitados, pero introduciendo también elementos afectivos de clara impronta carmelitana.

El interés por el cultivo de la oración mental aparece incluso en el reglamento del Colegio Nazareno, de Roma, por su carácter de internado, es decir, de una completa inmersión en el estilo calasancio pastoral y educativo. Igualmente, en la misma Oración Continua se ponía como uno de sus objetivos, sobre todo para los alumnos mayores,

el enseñar un método sencillo y asequible de oración mental. A tal fin, incluso se propició la edición de obras breves de autores no escolapios para contribuir, entre otros aspectos de formación religiosa, a la iniciación a la oración mental.

Este serio proceso de maduración espiritual, tal como veremos seguidamente, iba acompañado e informado por un no menos serio empeño de formación doctrinal, absolutamente necesario para dar firmeza y verdad al diálogo con Dios. Las nuevas corrientes religiosas y humanistas, ya desde el comienzo del siglo XVI, obligaban a la Iglesia a clarificar los aspectos del dogma que habían sido negados o reinterpretados por la Reforma protestante en sus diversas tendencias. Ésa fue la labor del Concilio de Trento, en los años centrales del siglo XVI.

Doctrina Cristiana

La enseñanza de la Doctrina Cristiana en las Escuelas Pías se desenvuelve en el marco de la Reforma Católica perfilada por Trento y algunos de los papas que aplicaron lo decretado en el concilio, señaladamente el papa Pío V (1566-1672).

San José de Calasanz expresó abundantemente la importancia de la formación doctrinal de los alumnos de las Escuelas Pías. Las Constituciones son un buen indicador, por su rango legislativo, del papel relevante de la Doctrina Cristiana en su proyecto educativo. En el número 5 afirmaba lo siguiente: *Será, por tanto, cometido de nuestro Instituto enseñar a los niños, desde los primeros rudimentos, la lectura correcta, escritura, cálculo y latín, pero, sobre todo, la piedad y doctrina cristiana; y realizarlo con la mayor habilidad posible.* En el número 200 se concretaban algunas de las particularidades del método de enseñanza, que más adelante comentaremos: *En la clase, los alumnos aprenderán de memoria el librito de la Doctrina Cristiana. Los maestros explicarán algún punto semanalmente, en el día señalado. Sobre él*

tendrán, además, los niños sesión pública en nuestras iglesias o en otro lugar que el Superior crea adaptado, los domingos y fiestas acostumbradas; para mayor gloria de Dios y utilidad del prójimo. Más todavía, por la seriedad de esta tarea se prescribía que en la formación de los novicios se les preparara en la metodología para la enseñanza de la Doctrina Cristiana (n. 207).

La enseñanza de la Doctrina Cristiana abarcaba los siguientes aspectos: programación, metodología, temporalización y exámenes o controles.

Programación. El referente principal fue el Catecismo del Concilio de Trento, ordenado por el papa Pío V (1566). El Catecismo contenía la explicación del Credo en sus doce artículos, los Sacramentos, los diez Mandamientos, la Oración (con la explicación del Padrenuestro en sus siete peticiones y la palabra Amén). Se trataba, en definitiva, de una síntesis dogmática refrendada por la doctrina conciliar y la Tradición eclesial.

Esta obra básica tuvo abundantes aplicaciones en obras de diverso nivel para la enseñanza de niños y adultos. La más difundida fue el popular catecismo del cardenal Roberto Bellarmino (1597), completado por otro más amplio para la formación de maestros y catequistas (1598). Este catecismo, tan en sintonía con el de Pío V, fue el más utilizado en las Escuelas Pías, aunque en algunos lugares, como en Centroeuropa, se siguiera con el muy conocido de san Pedro Canisio.

Para la enseñanza de los niños más pequeños Calasanz escribió un sencillo catecismo en italiano bajo el título de *Algunos misterios de la vida y pasión de Cristo Señor* (aunque la primera edición es de 1599 debió ya utilizarse desde dos años antes). Este elemental catecismo, en forma dialogada, contiene los principales misterios de la fe en el marco del año litúrgico y la vida de la Comunidad cristiana, con una llamada final a la perseverancia en la defensa de la fe y de la Iglesia. En algunos momentos del desarrollo del catecismo se hace una exhortación a dar una respuesta coherente con los enunciados de la fe, por ejemplo,

dando gracias por la Encarnación del Hijo de Dios e invitando a la oración, de rodillas, con la recitación del Padrenuestro. A pesar de la extrema sencillez de este catecismo inciden en él lo doctrinal, lo litúrgico, lo eclesial, la respuesta personal y la oración.

Metodología. El cuidado por la formación cristiana en las Escuelas Pías suscitó, además de la insistencia en la formación de los futuros escolapios, un amplio plantel de catequistas, entre los que descuella, además del propio Calasanz, Glicerio Landriani, prematuramente desaparecido, pero con una amplia experiencia en el campo catequético no sólo en las Escuelas Pías, sino en toda Roma. A pesar de la pobreza de la Orden no se escatimaron medios para publicar catecismos, devocionarios, estampas u hojas sueltas para una mayor difusión de la doctrina y las oraciones acostumbradas en escuelas escolapias.

Se partía siempre del aprendizaje de memoria, pero teniendo en cuenta que se realizaba en un contexto escolar, por lo que también servía de libro de lectura. De esa manera, el catecismo entraba también en el complejo proceso del aprendizaje de la lectura, desde la identificación de letras y sonidos, la construcción de sílabas diversas, la recitación en voz alta y la adquisición de vocabulario. Esta primera aproximación exigía, por la misma naturaleza del texto doctrinal, la intervención de los maestros con sus explicaciones, reguladas dentro del horario escolar.

El recurso narrativo, siempre seductor y eficaz, a la Historia Sagrada, referida en sus hechos y personajes más importantes, dejaba una huella imborrable en los niños, además de sugerirles actitudes de entrega y confianza en la providencia divina.

Temporalización. El Concilio de Trento decretó que la enseñanza de la Doctrina Cristiana se realizara obligatoriamente los domingos y festivos. El sistema escolar escolapio se puso de forma diaria, según los niveles a primera hora de la mañana o de la tarde. Al terminar el día siempre se reservaba un tiempo, más o menos un cuarto de hora, para comentar lo

aprendido y aclarar algunas cuestiones. Los sábados, además, había plática, siguiendo el año litúrgico.

En la Oración Continua, además, se reservaba siempre un tiempo para instruir a los niños en la preparación del sacramento de la Penitencia, mientras que a los mayores se les preparaba para participar en la recepción de la Eucaristía.

Como un desarrollo de la compleja tarea formativa diaria, los domingos y festivos, se tenía, por la tarde, un amplio ejercicio de la Doctrina Cristiana, con el frecuente sistema de los combates o emulación entre los escolares acerca del conocimiento y memorización del catecismo. Se seguía con el canto de Vísperas y un recreo al aire libre. La implicación de las familias era muy importante, ya que no sólo asistían, sino que garantizaban la asistencia de sus hijos, a menudo convertidos en pequeños catequistas para sus familiares por su testimonio del conocimiento de los artículos de la fe y su actitud de oración.

Exámenes. El catecismo era una asignatura más del plan de estudios, con exámenes dos veces al año, necesarios para promocionar de clase (*Constituciones*, n. 197). En los llamados *Ritos Comunes* (1628) se describía así el control del aprendizaje del catecismo: *Procúrese que en todas nuestras casas haya un aula especial desocupada, donde comprueben los Maestros designados para esto si los alumnos aprenden y saben las cosas necesarias para la salud del alma, según obliga nuestra santa fe, y que son: el Símbolo de los Apóstoles, la Oración Dominical, la Salutación Angélica, el Decálogo, el Misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación y de la Pasión de Cristo, del Juicio, del Cielo, del Infierno, del pecado original y actual y, en resumen, la Doctrina Cristiana, según la capacidad de cada uno.* Nótese, en la frase final, el sentido pedagógico y la adaptación a la psicología de cada alumno.

La vida sacramental

La revisión que hizo la Reforma protestante de la teología de los Sacramentos, sobre todo de la Eucaristía, supuso uno de los desafíos más importantes para la recta comprensión de la fe católica. Aunque con bastantes matices y tendencias dispares, los reformadores se decantaron por la negación del carácter sacrificial de la misa y la presencia real de Cristo en la Eucaristía. El Concilio de Trento afirmó con rotundidad que el sacrificio de la misa era verdadera representación y memorial del sacrificio de la cruz, como también la presencia real de Cristo en las especies sacramentales del pan y el vino. Se alentó así un amplio desarrollo de la devoción eucarística, central también en la espiritualidad y en la pastoral de las Escuelas Pías, ya de desde sus comienzos.

En este marco doctrinal y devocional se estableció la misa diaria para los alumnos y con mayor realce en los domingos y festivos, tal como lo afirma la *Breve relación*, incluso exigiendo puntualidad y asistencia obligatoria. Oír misa significaba conocer los misterios de la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesucristo, expuestos siguiendo el itinerario del año litúrgico. Durante la celebración se tenía la posibilidad de confesarse y de practicar algunas devociones como el Rosario, entre otras. El control de asistencia y orden venía realizado por el Prefecto y los maestros. La duración de la misa no superaba la media hora.

La importancia de la recepción de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía exigía una adecuada preparación, tal como aparece en fecha todavía temprana en la *Breve relación* (1602-1605): *En cuanto los niños llegan al uso de razón que los hace idóneos para recibir los sacramentos, a juicio del confesor, deben ser instruidos de modo que adopten una actitud hacia los mismos, se acostumbren a prepararse bien y a recibirlos en ciertas ocasiones. En efecto, gran parte de la educación con la que hay que enderezar a los niños, depende en gran manera de la estima que tengan a los sacramentos y del modo de recibirlos, para preservarlos de muchas caídas. Instruyan, pues, los maestros a los niños con la mayor*

diligencia sobre la Doctrina Cristiana acerca de los Sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía y sobre la manera de recibirlos de manera que les sirva para su salvación; además pedirán cuenta de que se les ha instruido convenientemente en este punto.

En las *Constituciones* de 1621 aparecen varias disposiciones: *Ha de haber un confesor de alumnos. Con su mucho cariño y benevolencia logre que los muchachos se sientan seducidos por Dios y lo respeten y amen como a su verdadero Padre* (n. 193). Al exponer lo concerniente a la Oración Continua, se recuerda que el director o encargado de la misma deberá enseñar *a los pequeños el modo de prepararse para el Sacramento de la Penitencia* (n. 194). En los *Ritos Comunes* (1628) se describe la práctica real de las Escuelas Pías, que consistía en *enseñar el Confesarse bien sus propios pecados y hacer perfectamente examen de conciencia y cómo deben prepararse dignamente, cuando sean aptos, para recibir la Santísima Eucaristía.*

Para dar un fundamento teológico y espiritual a la tarea pastoral de preparar a los alumnos a la recepción de los sacramentos, san José de Calasanz difundió obras de autores no escolapios, de probada solvencia y personal amistad, como el carmelita Juan de Jesús y María y el dominico Filippo Angelini.

El sacramento de la Penitencia, tal como se ha visto en la *Breve relación*, se consideraba un elemento esencial de la educación integral, sobre todo por su capacidad de iluminar, sanar, preservar y animar a la formación humana y cristiana de los niños. La frecuencia recomendada para la confesión era de una vez al mes, pero también cada semana, según las necesidades de cada uno, siempre con la ayuda y consejo del confesor, claramente en funciones de director espiritual. Con carácter especial se pedía una confesión general antes de ingresar en las Escuelas Pías, teniendo en cuenta la edad y condiciones del alumno, con el fin de conocerlo mejor y darle la oportunidad de borrar el pasado y comenzar de nuevo su formación en la escuela calasanciana.

Para la recepción de la Eucaristía, tal como recuerda la *Breve relación*, se fijaba el primer domingo de cada mes, pero también alentando a los más devotos a comulgar cada ocho o quince días. El inmenso respeto y veneración que inspiraba la Eucaristía adquiría el carácter de devoción como algo innato, sin estridencias, pero favoreciendo continuamente actitudes de adoración ante la presencia real de Cristo al entrar en el oratorio o iglesia, en la Oración Continua, en la práctica de las Cuarenta Horas o en la Hora Santa, y en tantas otras prácticas de piedad, tan extendidas entre el pueblo cristiano en la época postridentina.

El culto y devoción a la Virgen María

En las Escuelas Pías la presencia de la Virgen María, Madre de Dios, es constante y abundante: por la devoción personal de Calasanz y por la misma orientación de la Orden, puesta bajo la advocación de María. No se trata de un elemento añadido o marginal, sino nuclear de la teología, ya que María siempre pone en relación con el misterio de la Encarnación de su hijo Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre. Las consecuencias pastorales de la fe son de largo alcance: humanidad de Cristo, acceso a Dios, causa de nuestra salvación, etc.

Hay, además, una poderosa fuente en María de ejemplo de fe y obediencia, de pobreza, pureza y humildad, de valentía al pie de la cruz, de unión con los discípulos en espera del Espíritu Santo, fuerza de la naciente iglesia...

Por la relación de la Madre de Dios con la misión escolapia de educar, tal como aparece en una de las invocaciones de la Corona de las Doce Estrellas: *Alabado sea el Hijo de Dios, por ella quiso ser educado en su infancia.*

La devoción mariana se expresaba abundantemente, tanto públicamente como privadamente, en la oración vocal a lo largo del día: *Angelus*, plegarias como el ofrecimiento en la Oración Continua, en la

recitación diaria del Rosario y de la Corona de las Doce Estrellas, en las Letanías, en el Oficio Parvo de la Virgen, recitado en el Oratorio de los domingos y festivos, la oración conclusiva del *Sub tuum praesidium*...

El fomento de la devoción a la Virgen tuvo un fuerte impulso con la fundación de las Congregaciones Marianas en las escuelas escolapias. Los alumnos podían así centrarse en determinadas prácticas de piedad y de caridad, al tiempo que experimentaban el sentido comunitario de la fe.

Para visualizar y hacer presente de continuo a la Virgen, se dispuso de imágenes de María con su Hijo, tanto en los oratorios o iglesias como en las mismas aulas. La difusión de oraciones impresas y estampas contribuyó a hacer de esta devoción a María una de las señales inequívocas de ser alumno o exalumno de las Escuelas Pías.

Una transición necesaria. La segunda mitad del siglo XVII

San José de Calasanz falleció en 1648 estando la Orden reducida a Congregación secular sin votos. En una época de confusión e incertidumbre la tenaz continuidad en el ministerio escolar y la constante referencia al Fundador hizo posible, junto a ayudas externas, la restauración de las Escuelas Pías tal como era antes de la crisis. Los nuevos tiempos demandaban, sin embargo, adaptar el carisma primigenio, sin traicionarlo, a las orientaciones de la Iglesia y a los retos de las diversas situaciones sociales y culturales que la expansión de la Orden iba experimentando. Se trataba, en definitiva, de pasar de la carismática intuición calasancia y de la creatividad de la etapa fundacional a una situación más sosegada y sostenida por la legislación surgida de la propia Orden, a través de cauces institucionales, como son los capítulos generales y su correspondiente aplicación a cargo de los superiores.

Se hizo, pues, necesario establecer normas y métodos comunes, con el fin de salvaguardar la esencia del carisma y poderlo ir adaptando a las nuevas situaciones de todo tipo. En este sentido, como una decantación de gran parte de la labor desarrollada en todo el siglo, se pudo contar con los *Ritos Comunes*, ya enriquecidos por nuevas aportaciones y refrendados oficialmente en 1665. Se tenía así un amplio informe de la vida y misión de las Escuelas Pías, tal como se había ido sacando de la experiencia real de las comunidades religiosas y las escuelas. Junto a este documento, ya con mayor visión de futuro, se fue preparando una *Ratio Studiorum* escolar, que mereció la aprobación oficial en 1694 y, ya ampliada y adaptada, se constituirá en la guía más completa del plan de estudios y, en general, en la plasmación de la educación integral en Piedad y Letras, sin dejar de lado una detallada organización escolar, entre otros aspectos importantes. Se entraba así el siglo XVIII, posiblemente la etapa de mayor auge de las Escuelas Pías.

El siglo XVIII, entre la razón y la revolución

Con un empuje cada vez más fuerte, el pensamiento ilustrado fue difundiéndose en la sociedad del XVIII. Incluso las monarquías absolutistas echaron mano de algunas de las ideas ilustradas, como la educación, para avanzar en su control de la sociedad, incluso de la misma Iglesia. Un sector de los ilustrados sometió la religión revelada a una crítica implacable y extendió la visión del hecho religioso dentro de los límites de la razón, como un suave ateísmo o un difuso deísmo.

Entre las consecuencias de la nueva actitud ante la religión, fue surgiendo, en la Iglesia y en la sociedad, una profunda escisión entre el progreso, patrocinado por la Ilustración, y la tradición, sostenida por la Iglesia, ahora ya etiquetada de oscurantismo. Se produjo así, entre buena parte de los creyentes, un rechazo de las novedades del siglo y un rearme ideológico inspirado en una teología de raíz escolástica. Incluso la espiritualidad tendió a potenciar las manifestaciones externas de religiosidad o a replegarse en la intimidad del pietismo, tan extendido

en bastantes ambientes protestantes, o también en la rigidez jansenista, tan cercana en algunos aspectos a los reformados calvinistas.

El estallido revolucionario de la Francia de 1789 dará amplio cauce a diversos ensayos políticos e ideológicos, casi todos teñidos de anticlericalismo y laicismo, por ejemplo, en la nueva escuela pública o en las relaciones Estado-Iglesia. Se entraba así en la liquidación del Antiguo Régimen y en la ascensión de la burguesía, primero defensora de la libertad de comercio, y, muy pronto, decididamente liberal en todos los aspectos de las relaciones humanas, culturales, religiosas y sociales.

Las Escuelas Pías, en continuidad con la programación tradicional, siguieron con el acostumbrado ritmo diario de prácticas de piedad, completado con el Oratorio dominical y la confesión y comunión mensual. No aparece ninguna ruptura significativa con lo ya expuesto en la primera parte del siglo XVIII. Incluso fueron apareciendo aportaciones que enriquecieron el fomento de la piedad, señaladamente en la enseñanza de la Doctrina Cristiana. Desde 1759 se hizo extraordinariamente popular el Catecismo del P. Cayetano Ramo, como una de las mejores adaptaciones didácticas del Catecismo Romano de Pío V y el de Bellarmino. Otra gran aportación fue la realizada por el P. Estanislao Konarski, el gran inspirador de la educación pública polaca, autor, entre otras publicaciones de carácter religioso y educativo, de una obra sobre la religión dirigida al hombre honesto (1759), es decir, del que aspira a vivir el Evangelio sin abandonar una fundamentación racional de la religión. Pedía una formación rigurosa en Teología y Moral, un conocimiento directo de la Sagrada Escritura, sobre todo de los Evangelios y Hechos de los Apóstoles, con una incidencia especial en la Historia Sagrada. Siguiendo la tradición escolapia destacaba la importancia de una buena preparación para los sacramentos de la Penitencia y Comunión, cuya recepción frecuente recomendaba. El aprendizaje de memoria del Catecismo, los ejercicios o retiros espirituales, la lectura espiritual y otras prácticas, según él, deberían favorecer un tipo de cristiano bien preparado en el

conocimiento claro y sencillo de la doctrina, piadoso por la frecuencia de sacramentos y misa diaria, y buen ciudadano, por su formación moral.

El siglo XIX. El liberalismo y los movimientos sociales. La privatización de la religión

El siglo se abrió, tras la derrota del Napoleón en 1815, con un intento de restaurar el Antiguo Régimen e impedir cualquier rebote revolucionario, ahora ya de carácter liberal. Se consagraba así, de forma cada vez más evidente, el enfrentamiento entre el tradicionalismo y el liberalismo. Las diversas revoluciones de la primera mitad del siglo significaron el triunfo definitivo del liberalismo burgués, muy pronto escindido entre conservadores y progresistas. El avance de la secularización, incluso con la supresión de las congregaciones religiosas y la relegación al ámbito de la conciencia de las creencias religiosas, fueron diseñando una sociedad cada vez más plural y compleja. Las relaciones entre el capital y el trabajo, además, fueron dando lugar a un importante movimiento obrero, claramente revolucionario y ajeno a los planteamientos religiosos.

La difusión del pensamiento racionalista, sobre todo en sus corrientes positivistas y materialistas, afectará profundamente a cualquier intento de armonizar la fe y la ciencia. Aunque habrá reacciones de carácter vitalista ante el omnipresente positivismo y cientificismo, la tónica dominante será de distanciamiento entre la fe y la cultura moderna. En este enfrentamiento el recurso más recurrente entre los creyentes fue la apologética, la exteriorización de las manifestaciones religiosas y la cohesión social a través de cofradías u otras fórmulas similares. En el campo espiritual, ante la crítica racionalista y positivista, surgieron actitudes que priorizaban los sentimientos sobre el discurso racional, por ejemplo, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la Virgen María y a los santos. Se fue instalando así un notable individualismo y una

escasa atención por los problemas sociales, aunque nunca se dejara de practicar la caridad, al menos en su versión de beneficencia.

En las Escuelas Pías la piedad y la formación religiosa siguieron los cauces tradicionales, tal como se ha ido exponiendo en épocas anteriores. La imprenta contribuyó a difundir multitud de nuevas iniciativas, tales como devocionarios que reunían las oraciones vocales, la misa comentada, la preparación a la confesión y comunión, etc. Se continuó la publicación de catecismo, sobre el del P. Ramo, pero también catecismos razonados, es decir, con comentarios, ampliaciones y aclaraciones. La catequesis se cultivó de forma preferente en el ámbito escolar y en los oratorios dominicales, incluso con los populares combates que ponían en evidencia los grandes logros memorísticos de los alumnos. La Historia Sagrada mereció una notable difusión en multitud de libros, en los que se iban incorporando lecturas bíblicas seleccionadas. La enseñanza de la moral cristiana mereció una interesante atención, habitualmente inscrita en los libros de formación religiosa e incluso en algún plan de vida cristiana, de carácter global, dedicado a los jóvenes.

La devoción a la Virgen María, uno de los distintivos de la espiritualidad calasancia, fue ampliamente difundida y fomentada. Además de la celebración de las fiestas marianas, la recitación del Rosario, las Letanías y la Corona de las Doce Estrellas, entre otras muchas oraciones, fueron apoyadas con numerosas obritas impresas con devociones y reflexiones marianas. En esta época, con la ayuda de la imprenta, la devoción a san José de Calasanz alcanzó una difusión extraordinaria y contribuyó a realzar su memoria en celebraciones y actos públicos.

El siglo XX. El pluralismo cultural y religioso

La perspectiva que ofrece el siglo XX es de una creciente aceleración histórica. Procesos de cambio que en otras épocas exigían largos períodos de crecimiento y sedimentación, son rápidamente sustituidos

por nuevas propuestas y desafíos. La sucesión de ideologías de todo tipo y de regímenes políticos, han dado un rostro cambiante a esta época, cada vez más dominada por la cultura de masas, el ocio y los nuevos medios de comunicación, tanto visuales como auditivos, como el cine y la radio. Las más recientes nuevas tecnologías están ya contribuyendo a la formación de una cultura de absorción individual y a la extensión de la información sin una adecuada transformación en conocimiento contrastado y crítico.

El estilo educativo escolapio ha sido puesto a prueba en este cambiante contexto, muchas veces desprovisto de los referentes que dan anclaje a la existencia humana y la hace receptiva a los valores transmitidos sea por la cultura sea por la religión.

En la primera mitad del siglo, aunque con adaptaciones, por ejemplo, en el Oratorio dominical, se siguió en sus grandes líneas la formación en la piedad y en la fe, tal como ya se ha descrito anteriormente. Poco a poco se fueron configurando dos centros de atención pastoral: el de la Primera Comunión y la Confirmación, y el de la adolescencia, con sus grupos de estudio y formación. La Primera Comunión, tal como estableció el papa Pío X, se dio a partir de los siete años. La larga experiencia escolapia en la preparación sacramental alcanzó cotas nunca antes conseguidas, ahora con una incipiente renovación litúrgica, por ejemplo, en la música, y un acceso cada vez más fácil a las traducciones bíblicas, señaladamente en los misales bilingües que posibilitaban una mejor participación en la misa. En la catequesis ya se fue trasladando su práctica a las parroquias en algunos lugares y, en general, se fueron utilizando catecismos recomendados por las diócesis. La Oración Continua, también a menudo modificada, siguió perviviendo, aunque no en todas las escuelas. Como un fortalecimiento de la etapa de poscomuni3n se implantaron grupos de Tarsicios Eucarísticos, como una cierta derivaci3n de la Adoraci3n Nocturna, que invitaban a la comuni3n frecuente y a la devoci3n eucarística.

En la enseñanza secundaria el centro de atención, además de lo habitual en el plan general de piedad y formación religiosa, fue cada vez más el de la vivencia de la fe de forma grupal, sobre todo tras el gran impulso a la Acción Católica por el papa Pío XI. Se formaron grupos de aspirantes de Acción Católica, de Congregaciones Marianas de las Escuelas Pías y San José de Calasanz, además de otras muchas de carácter local. La práctica de los retiros o ejercicios espirituales fue cultivándose, aunque a menudo se hicieran en los mismos locales escolares. Las devociones a la Virgen y a Calasanz, como ya era habitual, siguieron gozando de una especial atención, sobre todo en las fiestas litúrgicas y en el Mes de María.

En la segunda mitad del siglo, tras la II Guerra Mundial, se intentó seguir el esquema tradicional de piedad y formación religiosa, pero ya más simplificado, debido, entre otras razones, a la necesidad de ajustarse a los planes oficiales de enseñanza, controlados, además, por una rigurosa inspección estatal. En algunas diócesis españolas, además, se arbitró una inspección eclesiástica sobre la enseñanza de la religión y la moral, que produjo recelos entre los religiosos de larga tradición educativa.

Siguiendo la etapa anterior, se continuó, antes del Concilio Vaticano II, con los dos centros de interés pastoral: en la enseñanza primaria la Primera Comunión, con su proceso de preparación, y los grupos juveniles, sobre todo de Aspirantes de Acción Católica, para la secundaria.

La oración vocal se centró en la entrada y salida del colegio, con una mayor incidencia en Primaria (salutación angélica en la hora acostumbrada, actos de fe, esperanza y caridad). La misa diaria siguió siendo obligatoria, pero se fue extendiendo el uso del misal para mejor seguirla. La preparación para la Confesión y Comunión se continuó con esmero y siguió siendo reglamentaria la Comunión general mensual. Hubo intentos de restaurar la Oración Continua, sin demasiado éxito. Se

institucionalizó la figura del Director espiritual, pero su implantación fue irregular por falta de religiosos.

El Oratorio festivo siguió siendo obligatorio, aunque sólo por la mañana. Los alumnos mayores continuaron con el rezo del Oficio Parvo de la Virgen, en latín. Se potenció el canto en las celebraciones.

Todos los días se reservaba una media hora al terminar la jornada escolar para rezar el Rosario y tener una charla de temática religiosa, sustituida a veces por una lectura espiritual.

La enseñanza de la Doctrina Cristiana se llevó a cabo, cada vez más, siguiendo las orientaciones diocesanas y utilizando los catecismos preparados al efecto. En la enseñanza media la asignatura de Religión, con textos aprobados por la autoridad eclesiástica, adquirió rango oficial en el conjunto del plan de estudios. En algunos momentos del año, por ejemplo, en Cuaresma y Semana Santa, se implantaron unos Ejercicios Espirituales, acomodados a la edad de los alumnos y realizados en los locales colegiales. Fueron varios los devocionarios editados por las Escuelas Pías para uso individual y colectivo de los alumnos, lo cual facilitó el seguimiento de las oraciones de cada día e incluso la misa.

En este período ya se observan indicios crecientes de renovación, tales como una mayor familiaridad con los textos bíblicos, una incorporación a los primeros cambios litúrgicos (Semana Santa), una extensión de los grupos de estudio y formación, con su incipiente acción catequética en barrios periféricos, entre otras varias aportaciones.

El período que, en el imaginario cristiano, se inicia con el Concilio Vaticano II (1962-1965), ha significado una profunda reflexión sobre la Iglesia y su misión en el mundo. El anuncio del Evangelio, la celebración del Misterio Pascual y el testimonio, fueron ampliamente explicitados por el Concilio, de tal manera que la Palabra de Dios, el ser de la Iglesia como Pueblo de Dios, la celebración de la Eucaristía y los Sacramentos y la misión en favor de los hombres y mujeres de todo el mundo,

constituyeron las grandes líneas de los principales documentos conciliares.

Las Escuelas Pías tuvieron que hacer una profunda reflexión para asumir el espíritu conciliar y adaptar el carisma primigenio a los nuevos tiempos de la Iglesia y la sociedad. Esta labor fue llevada a cabo por un Capítulo General Especial, celebrado en Roma en 1967 y 1969.

Con el paso del tiempo, se fueron constituyendo en el campo pastoral dos centros principales de acción en torno a la Primera Comunión (Primaria) y la Confirmación (Secundaria). En ambos casos, siguiendo la tradición, se tuvieron los adecuados procesos de formación y preparación para la recepción de los sacramentos. La formación catequética se basó en los textos de las diócesis. La revitalización de la Oración Continua suponía un enriquecimiento espiritual de gran incidencia. En el caso de la enseñanza secundaria fueron desapareciendo casi completamente los grupos procedentes de Acción Católica o de otras asociaciones, sustituidos por otros de inspiración y organización escolapia. Fue surgiendo así una pastoral escolar que, aunque ya no tenía elementos tradicionales como la misa diaria, mantuvo las oraciones de principio y fin de la jornada escolar, algunas celebraciones sacramentales y de la Palabra, sobre todo en Adviento, Cuaresma y Pascua, y algunos retiros o convivencias. La formación religiosa en Secundaria se basaba en la asignatura de Religión y en la labor ocasional de las tutorías. En este contexto cabe notar la escasa presencia de la formación moral, un tanto diluida en una moral de actitudes o en las conclusiones de las referencias bíblicas y doctrinales aportadas en las clases, pero sin alcanzar una forma sistemática. Cabe resaltar, sin embargo, la creciente sensibilización por la acción social, como solidaridad y ayuda.

Junto a esta línea pastoral, someramente descrita, se fue consolidando una pastoral extraescolar de alumnos voluntarios e integrados en procesos formativos, sin que necesariamente desembocaran en la recepción del sacramento de la Confirmación. Una bien planificada

formación, unida a momentos celebrativos y a actividades de colaboración social y eclesial, ha ido configurando una importante realidad pastoral, conducida por catequistas, muchos de ellos procedentes del profesorado.

El culto y devoción a la Virgen María, tras el Vaticano II, ha producido una cierta amalgama entre elementos de gran calado bíblico y teológico, y la tradicional piedad popular. La devoción a san José de Calasanz ha continuado siendo bastante extendida, sobre todo con ocasión de las fiestas anuales y la celebración de algunas efemérides de la Orden.

Ante la situación personal y familiar de bastantes alumnos y teniendo en cuenta sus necesidades espirituales, han ido surgiendo propuestas y realizaciones que procuran espacios de silencio y oración, al tiempo que potencian el cada vez más necesario acompañamiento, en todos los sentidos, de los niños y jóvenes.

A modo de conclusión

La historia, el pasado, siempre lleva a analizar y tratar de comprender el presente, con el fin de proyectar un futuro más plausible. El largo recorrido de más de cuatro siglos de las Escuelas Pías, nos permite ya algunas sugerencias sobre nuestra apremiante actualidad. Se impone la evidente ruptura de la trasmisión de la fe, ya iniciada en los años 70 del pasado siglo, con la pérdida de contextos familiares y una ausencia de referentes, que rozan ya el analfabetismo cultural religioso, agravado por el lenguaje religioso, tan alejado de los usos actuales. Mientras tanto, avanza una globalización, a menudo poco contrastada críticamente, que puede llevar a una cierta nivelación entre las actitudes morales ambientales y las de los creyentes de las diversas religiones. De ahí la necesidad de una cultura cristiana como visión global del mundo, del hombre y de Dios.

Una tradición espiritual y pedagógica tan rica como la de las Escuelas Pías, a esta altura del siglo XXI, todavía puede ofrecer pistas para la misión educadora y pastoral de niños y jóvenes en esta nueva etapa histórica. Partiendo de la Comunidad cristiana en la que se vive el anuncio explícito de Jesucristo, se celebra la Eucaristía y los sacramentos y se da testimonio de la fe ante el mundo, la tradición escolapia se ha explicitado en la piedad, en la catequesis y en la vida sacramental, como participación de la gracia de Cristo, expresado todo en la oración y en las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, proponiéndolo como el más seguro camino para ser felices y alcanzar la plenitud del Reino de Dios.

Y todo ello con unas exigencias bien concretas:

Como memoria creyente de la Comunidad, que aprende y retiene el Símbolo de los Apóstoles, la oración dominical, los sacramentos y los mandamientos, como irrenunciable misión de la familia, de la escuela y de la comunidad cristiana.

Como comunidad orante, con la oración vocal, tan rica de valor antropológico por ser palabra que construye la personalidad, la abre a la interioridad y la dispone al diálogo íntimo con Dios.

Como camino espiritual atento a la Palabra de Dios, al silencio contemplativo, a la escucha compasiva del sufrimiento humano, en cercanía y solidaridad.

Y todo ello con un claro estilo calasancio:

Con adaptación respetuosa al niño, en cercanía afectuosa y acompañamiento.

Con recursos didácticos que potencien la memoria, la narración, la lectura, la interpretación no aséptica de la realidad que se nos impone.

Con apertura a otras espiritualidades, religiones y culturas, ya tan presentes entre nosotros, aprovechando elementos de sus tradiciones, como narrar historias, recitar y repetir, cantar en grupo con acompañamiento musical o sin él, dramatizar hechos y sucesos, y tantas otras formas de creatividad.

Con una opción decidida por el diálogo, como el mejor modo de comprender al otro, de experimentar la fraternidad, de cooperar con la única Verdad que puede dar sentido al obrar y al existir de cada ser humano.

Para seguir reflexionando

1. Tras la lectura del documento, indica
 - a. Tres aspectos que marcan el contraste social y cultural entre el siglo XVII y el XXI
 - b. Tres aspectos que marcan el contraste religioso entre el siglo XVII y el XXI
2. Considerando la evolución histórica de la piedad en las Escuelas Pías ¿cuáles son los núcleos fundamentales a impulsar en nuestros colegios?
3. En tu contexto cómo cultivar la oración vocal y contemplativa en los alumnos.
4. ¿Cómo integrar catequesis, oración y sacramentos en la formación religiosa de nuestros alumnos?
5. ¿En qué contenidos teológicos y devociones a la Virgen María consideras deberíamos educar preferentemente a nuestros alumnos?
6. Después de la lectura y reflexión de estos textos ¿cómo llevar adelante el ejercicio de la oración continua integrando la fidelidad a los orígenes y la adaptación a tu contexto cultural y religioso?

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Asiain, Miguel Ángel: *El año con Calasanz. Un camino de experiencia espiritual*, Publicaciones ICCE, Madrid, 1991

Congregación General (coord.): *Espiritualidad y pedagogía de San José de Calasanz. Ensayo de síntesis*, Publicaciones ICCE, Madrid, 1995

Cueva, Dionisio: *Calasanz. Mensaje espiritual y pedagógico*, Publicaciones ICCE, Madrid, 2006

Faubell Zapata, Vicente: *Acción educativa de los escolapios en España (1733-1845)*, Instituto Universitario Domingo Lázaro, Universidad Pontificia Comillas, Ediciones SM, Madrid, 1987

Faubell Zapata, Vicente: *Nueva antología pedagógica calasancia*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2004

Giner, Severino et al.: *Cartas selectas de San José de Calasanz*, 2 vol., Salamanca, 1977

Giner, Severino et al.: *Escuelas Pías: ser e historia*, Salamanca, 1978

Giner Guerri, Severino: *San José de Calasanz. Maestro y fundador*, BAC, Madrid, 1992

Lesaga, J.M. – Asiain, M.A. – Lecea, J.M.: *Documentos fundacionales de las Escuelas Pías*, Ediciones Calasancias, Salamanca, 1979

Lezáun, Antonio: *Historia de la Orden de las Escuelas Pías (Manual)*, Publicaciones ICCE, Madrid, 2010

Picanyol, Leodegario: *Epistolario di San Giuseppe Calasanzio*, 9 vol., Roma, 1950-1956

Sántha, György: *San Jose de Calasanz. Obra pedagógica*, BAC, Madrid, 1984

Spinelli, Mario: *José de Calasanz. El pionero de la escuela popular*, Ciudad Nueva, Madrid, 2002

Referencia electrónica: <http://scripta.scolopi.net> (contiene el epistolario del santo, con más de 5000 cartas publicadas, y otros escritos).

ÍNDICE

Educación y piedad en las Escuelas Pías Una aproximación histórica

Iglesia y sociedad en el XVII	3
La aportación de las Escuelas Pías	5
La trasposición al siglo XXI	7
Origen y formación del estilo educativo y pastoral escolapio en el siglo XVII	8
Prácticas de piedad	9
Doctrina Cristiana	12
La vida sacramental	16
El culto y devoción a la Virgen María	18
Una transición necesaria. La segunda mitad del siglo XVII	19
El siglo XVIII, entre la razón y la revolución	20
El siglo XIX. El liberalismo y los movimientos sociales. La privatización de la religión	22
El siglo XX. El pluralismo cultural y religioso	23
A modo de conclusión	28
Para seguir reflexionando	31
Bibliografía básica	32



escolapios betania

